

cuenca occidental de ese mar europeo la importante posición de Argel; la forma despótica de su gobierno aseguraba el secreto á su política y la unidad de sus operaciones militares: finalmente, ningun ejército de Europa podia igualar á la milicia de los jenízaros. En medio de tan brillante período murió Selim, y Soliman el Magnífico se ciñó el sable en Santa Sofía. Soliman iba á competir con sus dos grandes contemporáneos Francisco I y Carlos V, siendo amigo del uno y enemigo del otro (1520).

---

## LIBRO II.

CONSECUENCIAS DE LA REVOLUCION POLÍTICA.  
PRIMERAS GUERRAS EUROPEAS (1494-1559).

---

### CAPITULO VII.

#### GUERRAS DE ITALIA DE 1494 Á 1516.

Resúmen del período anterior. — Expedición de Carlos VIII á Italia (1494). — Luis XII (1498-1515). — Nueva conquista del Milanésado por Francisco I (1515).

##### Resúmen del período anterior.

Un hecho general sobresale en la historia de las grandes naciones europeas durante la primera mitad del siglo xv: la sociedad recobra una forma de gobierno que se perdió á la caída del imperio romano, el poder absoluto de los reyes, gran revolución política que va á cambiar también las artes, las ciencias, las literaturas y hasta las creencias en una mitad de la Europa, al mismo tiempo que cambiaba las instituciones.

La inevitable consecuencia de aquella primera transformación que entregó los pueblos con sus riquezas y sus fuerzas á discreción de los reyes, fué inspirar á estos la ambición de ensanchar sus Estados. Vamos á ver, pues, que las grandes guerras europeas suceden á las guerras feudales, como los reyes han sucedido á los señores.

Las primeras guerras europeas, llamadas de Italia porque tuvieron por motivo y principal resultado la posesion de Italia, forman en nuestra historia el segundo período de los tiempos modernos.

La Francia vino á ser la mas cabal y brillante expresion del régimen feudal, en que entró la primera, con sus reyes tan débiles y sus barones tan orgullosos, con sus innumerables castillos y su literatura caballeresca; pero fué tambien la primera que salió de aquel régimen para tomar una forma nueva y prepotente. Luis XI, consagrado á su gran batalla feudal, dijo estas palabras: « Los genoveses vienen á mí y yo los envío al diablo. » Sin embargo, ganada la batalla y arregladas las cosas interiores, preciso fué mirar mas lejos, aun cuando no hubiese sido sino para dar empleo á la actividad de los grandes y acostumbrarles á la obediencia política con el aprendizaje de la disciplina militar.

No hay para qué decir que Carlos VIII nada vió de todo esto. Instintivamente comprendió su papel; mas no le inspiró reflexiones de ninguna especie. La accion exterior de la Francia fué una necesidad á la muerte de Luis XI, y su hijo se dejó arrastrar á donde las circunstancias le llamaban, porque no era de los hombres que resisten á ellas y las dominan: ni siquiera supo elegir su direccion, y desgraciadamente para Francia, Italia y Europa, eligió la mas mala.

#### Expedicion de Carlos VIII á Italia (1494).

Luis XI se guardó muy bien de reclamar los derechos que le daba la casa de Anjou sobre el reino de Nápoles; pero Carlos VIII los sacó del olvido para correr aventuras allende los montes. En vano quisieron quitarle aquella idea los hombres políticos, máxime cuando la Italia se arrojaba espontáneamente en brazos de la Francia. Luis, amenazado por el rey de Nápoles, llamaba á Carlos VIII, como le llamaban otros muchos, el marqués de Saluces, los barones napolitanos, Savonarola y los cardenales enemi-

gos de Alejandro. « ¡ Nobles espíritus! ¡ Amada Italia! exclamaba el poeta Sanazaro, ¿ qué vértigo os aconseja que arrojéis la sangre latina á naciones odiosas? »

Sin embargo, bien considerada la situacion de Francia, la ocasion era inoportuna para emprender una expedicion semejante. Las potencias circunvecinas, descontentas con la reunion de la Bretaña á la corona, formaban una nueva liga; Enrique VII, tronco de la casa de Tudor, desembarcaba un ejército inglés en Calais; Maximiliano suplantado por Carlos VIII, atacaba al Artois, y Fernando el Católico prometia pasar los Pirineos. ¿ Qué mejores motivos de guerra podian darse? Empero Carlos VIII que ardía en deseos de ponerse en marcha, prefirió negociar y concluyó el tratado de Etaples con Enrique VII, que volvió á embarcarse mediante la promesa de 745,000 escudos de oro pagaderos en quince años (40 millones de francos); el de Senlis con Maximiliano, que recobró para el hijo de Artois, el Franco Condado y el Charolais, conquistas de Luis XI; y, por último, el de Narbona con Fernando el Católico á quien devolvió la Cerdeña y el Rosellon sin exigir siquiera el dinero desembolsado, y no obstante las protestas de Perpiñan que no queria dejar de ser ciudad francesa. Todas eran provincias fronterizas, esenciales á la defensa del reino en los Pirineos, el Jura y el Somme. Sea como quiera, Carlos VIII no hizo caso de nada; tenia por segura la sumision de Italia y tras ella veia una brillante fortuna, pues se prometia pasar de Nápoles á Grecia, arrojar á los turcos de Constantinopla y formar un reino cristiano en Jerusalem que custodiara el sepulcro de Jesucristo. Bajo tales auspicios emprendió la Francia una de aquellas aventuradas expediciones que fueron obstáculo á las reformas de gobierno y que impidieron los ensanches racionales de territorio. Luis XI no tuvo sucesor hasta los tiempos de Enrique IV y Richelieu.

A fines del verano de 1494 se juntó, pues, prontamente un buen ejército á la falda de los Alpes, anhelando á porfía los franceses su entrada en aquel pais de maravillas que debía ser su tumba. Componíanse aquellas tropas de 3,000

lanzas, 6,000 arqueros bretones, 6,000 arcabuceros gascones, 8,000 suizos, y 50,000 hombres con 150 cañones de grueso calibre, «magnífica gente, pero poco disciplinada.» Bayardo servía en clase de escudero. Muchas cosas de las necesarias para tan grande empresa faltaban : no había víveres preparados, ni trenes de campaña, ni dinero. Sin embargo, la Providencia cuidó de todo : «Dios guió aquel viaje á la ida y á la vuelta, porque lo que es el jefe y sus tenientes de nada sirvieron.»

El rey de Nápoles envió á su hermano con una escuadra á Liorna y á Pisa, y á su hijo con un ejército á la otra parte de los Apeninos hácia Ferrara, el uno para que defendiera los aproches por mar, y el otro el camino terrestre ; pero el duque de Orleans reunió algunas navés en Marsella y desbarató al primero en Rapallo y el segundo ni se atrevió á esperar la vanguardia francesa que mandaba Aubigny, porque sabia ya el desastre de Rapallo y conocia que no era guerra de condottieri, meros simulacros en que lo peor que podia suceder era caer al suelo y pagar rescate; sino «la mala guerra» sin cuartel. Toda la Península se amedrentó: se acordaron de los bárbaros, cuando no era tiempo ya de despachar al extranjero cuya venida solicitaron con tanto ahinco.

Cárlos VIII atravesó el monte Ginebra el 2 de setiembre y desde el principio de la campaña se vió en apuros pecuniarios. Despues de haber «danzado y bailado» en Turin con la duquesa de Saboya y la marquesa de Montferrato, les pidió sus joyas para continuar el viaje. En Génova tomó prestados 100,000 francos que le costaron un interés de 42 por 100. En Asti cayó enfermo y allí se le reunió Luis el Moro. Pasada su enfermedad, fué á visitar á Galeazo encerrado en el castillo de Pavía, sin compadecerse del dolor de su jóven esposa ; y seguidamente Luis el Moro llevó de la mano al conquistador por todo su ducado hasta las fronteras de Toscana : al cabo de algunos dias murió su sobrino, y creyeron que habia comprado el derecho de envenenarle para ocupar su puesto. Las dos fortalezas de Sarzana y de Pietra Santa podian detener á los franceses

pero las abrió Pedro de Médicis con la esperanza de que le sostendrian en Florencia contra los ataques de Savonarola, y efectivamente, á su regreso el pueblo se amotinó gritando : «¡Fuera Médicis!» Sobre esto el monge tribuno que consideraba á Cárlos VIII como un enviado de Dios para castigo de Italia, introdujo en la ciudad al rey, que hizo su entrada como un conquistador, con la cabeza erguida y la lanza en ristre y quiso imponer un tributo de guerra, el cual le fué negado. El gonfalonero Capponi, irriado con las amenazas de aquel vencedor sin combate, ex-



Castillo de Sant-Angelo.

clamó diciendo : «Si mandais tocar los tambores, nosotros tocaremos las campanas» (noviembre).

En Roma los cardenales y los señores maltratados por Alejandro VI, abrieron las puertas á los franceses como si fueran libertadores y pidieron al rey de Francia que pronunciara la deposicion de aquel papa incestuoso, que se refugió en el castillo de Sant-Angelo. Cárlos VIII armó sus baterías contra la antigua fortaleza, y consiguió que le diera en rehenes de su fidelidad su hijo César Borgia y un príncipe turco, Djem ó Zizimo, hermano del sultan Bayaceto

que debia secundar los ulteriores proyectos de la Francia en Oriente (31 de diciembre). Pasados algunos dias el primero se escapó y el segundo murió del tósigo que le administraron antes de entregarle.

Mas á todo esto se alcanzaba el fin de la expedicion llegando á las fronteras de Nápoles que cayeron por sí solas. Acababa de morir Fernando I y su hijo Alfonso II se asustó y abdicó : su sucesor Fernando II quiso combatir y se encontró en San Germano entre dos traiciones, una en su ejército y otra en la capital, por cuya razon se fugó á la isla de Ischia y de allí á Sicilia. No se rompió una lanza. Los asistentes del ejército entraron en Nápoles para marcar con yeso las casas que debian habitar sus amos. Carlos VIII y los suyos penetraron en Nápoles el 22 de febrero de 1495 en medio de las flores que los habitantes les arrojaban. Fué como todos los caprichos populares, un arranque de entusiasmo loco. «Nunca hubo pueblo, decian los franceses, que demostrara mas cariño á rey ni á nacion.» La fama de tan rápida conquista atravesó los mares y ya los griegos preparaban armas esperando á su libertador «el gran rey de los francos.»

Sin embargo, una vez allí los conquistadores no pensaron mas que en recoger el fruto de su fácil victoria. Carlos VIII se hizo coronar rey de Nápoles, emperador de Oriente y rey de Jerusalem, se presentó á los napolitanos con la púrpura y el globo de oro en la mano y «celebró grandes torneos y otras fiestas, » en tanto que sus compañeros se repartieron los feudos y se casaron con las herederas, á costa de los nobles del pais. Dos meses despues de todo esto, el futuro conquistador de Constantinopla y de Jerusalem recibió una carta de su embajador en la república de Venecia, el historiador Felipe de Comines, en que le decia que se formaba contra él una formidable coalicion entre los soberanos de Europa para cerrarle la salida de Italia y reducir á la Francia á sus límites. Don Fernando el Católico, Maximiliano y Enrique VIII eran los instigadores de la liga, en la cual entraban hasta los italianos que habian llamado á los franceses ó les habian prometido fi-

delidad, Luis el Moro, Alejandro VI, Venecia, etc. Las potencias italianas debian reunir 40,000 hombres en el valle del Po, y mientras tanto los demás confederados romperian las hostilidades en las fronteras francesas; el duque de Orleans estaba ya acosado en Novara. Así se revelaron por primera vez contra Francia las rivalidades de Europa.

El tiempo urgia. Carlos dejó 11,000 hombres á Gilberto de Montpensier á quien nombró virey de Nápoles y tomó con las demás fuerzas el camino de los Apeninos, que les costó mucho trabajo atravesar por el angosto desfiladero de Pontremoli, al norte de Sarzana, teniendo los suizos que tirar de las piezas en tanto que los nobles cargaban con las municiones. Llegados á la otra parte de las montañas, descubrieron los franceses en el valle del Taro el ejército de los confederados en número de 25,000 hombres atajando el camino; y aunque no eran ellos mas de 10,000, quiso Carlos pasar adelante. Lanzaba, pues, su vanguardia á lo largo del Taro cuando le atacaron á retaguardia, y habiendo hecho frente á la embestida, en menos de una hora desbarató á 3,500 enemigos y los restantes se pusieron en fuga. Los italianos atribuyeron tan rápido triunfo á la *furia francese* y no á su falta de ánimo; pero de todos modos la victoria de Fornoza solo sirvió para abrir á los franceses el camino de la retirada (6 de julio de 1495).

Al punto que Carlos VIII se vió en Francia olvidó la Italia y no tomó ninguna precaucion para conservar su fácil conquista. Gilberto de Montpensier, bizarro caballero, aunque «nunca se levantaba antes de las doce del dia, » no era hombre para suplir los socorros que le faltaban. Fernando II que salió de Sicilia con algunas tropas españolas, sorprendió á Nápoles al otro dia de la batalla de Fornoza y encerró á Montpensier en Atella donde murió de la peste. Aubigny volvió á Francia con los restos de las guarniciones, y la dominacion francesa cayó en el reino de Nápoles con la misma rapidez con que se elevó, y con iguales demostraciones de alegría por parte de los napolitanos.

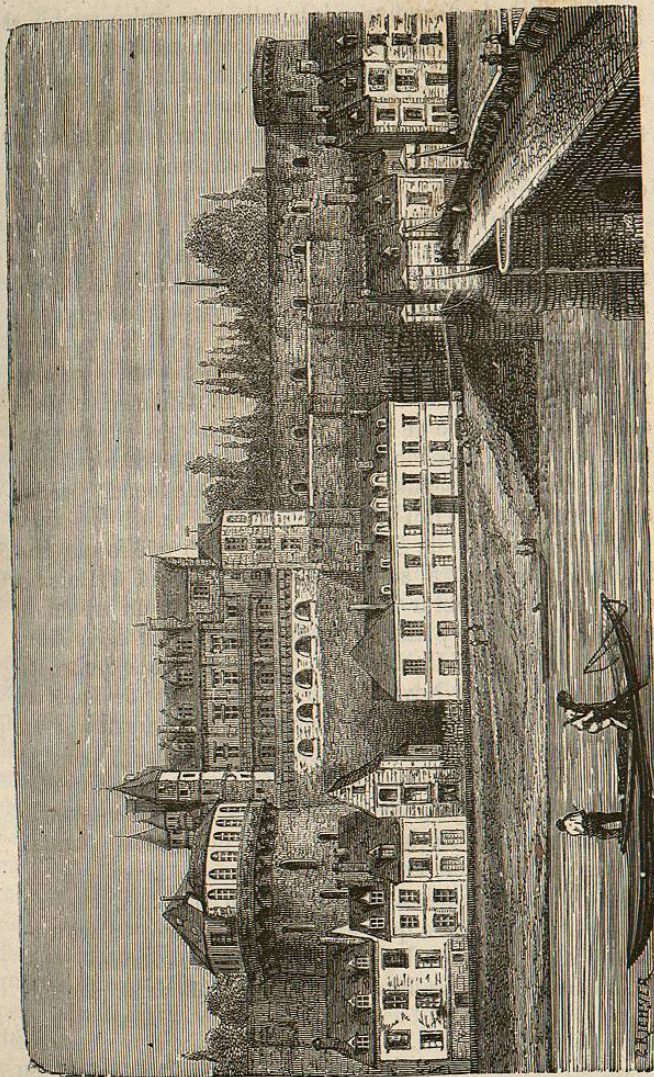
Así que Italia se vió libre volvió á sus discordias y no tardó la guerra civil en llamar otra vez al extranjero. A instancias de Luis, el emperador Maximiliano pasó los Alpes, como Carlos VIII, y sin que sus recursos fueran proporcionados á sus ambiciones. Quería desempeñar el papel de Oton ó de Carlo Magno, y apenas podía con el de condottiere. Rechazado por los florentinos al frente de Liorna, tuvo que regresar á Alemania, no habiendo ganado mas que el sobrenombre de *Maximiliano sin dinero* en aquella ridícula aventura.

Continuó, pues, la guerra civil en diferentes partes: en la Romanía, entre el papa y los barones romanos; en la Toscana, entre Pisa y Florencia, y dentro de Florencia, entre los partidarios y los enemigos de Savonarola, quien murió en la hoguera (1498), sin que por eso se restableciera la buena armonía.

En Francia Carlos VIII, atento á las quejas de sus pueblos, «trataba, dice Comines, de vivir con arreglo á los mandamientos de Dios, y de ordenar la justicia y la hacienda,» cuando murió de resultas de un accidente á los veinte y ocho años de edad, en el castillo de Amboise. El ya citado Comines hace de su bondad grandes elogios. La rama directa de los Valois se extinguió con Carlos VIII, y entró á reemplazarla la de los Valois de Orleans.

#### Luis XII (1498-1515).

No habiendo dejado un hijo Carlos VIII, correspondia de derecho la corona al duque Luis de Orleans, que tenia entonces treinta y seis años, y era nieto de un hermano de Carlos VI. Luis XII pertenecía á una familia amable y deseosa de figurar, que agradaba por sus buenas prendas y aun por sus defectos. Su abuelo fué un caballero muy brillante, su padre un poeta que escribió bellísimas composiciones, y su tío Dunois, el mas bizarro de los capitanes de Carlos VII y uno de los nombres de la antigua Francia cuya popularidad existe todavía. Luis, sin ser un hombre superior, se distinguia por su carácter bondadoso. Inau-



Amboise.